

psicología y pastoral

introducción

La evolución cultural de nuestra época está marcada, entre otros fenómenos, por el progresivo desarrollo de las ciencias del hombre. La antropología, la sociología, la psicología y el psicoanálisis penetran por los diversos estamentos del obrar humano y lo iluminan con su nueva luz, a la vez que cuestionan, en ocasiones seriamente, muchas de las posiciones tenidas hasta ahora como seguras. Una atenta sensibilidad a estos procesos hace que también en el terreno pastoral se pueda percibir su influjo. Y es que tanto el pensamiento, como las emociones, el comportamiento, las relaciones... no pueden concebirse de forma semejante antes y después de este desarrollo.

El influjo social del psicoanálisis, a través del cine, la televisión, las noticias periodísticas más sensacionalistas que reales, sobre el cambio radical que experimentan las vidas concretas de algunas personas, incluso sacerdotes, ejerce un impacto que se traduce dentro de la pastoral en un corrimiento hacia la consulta del psiquiatra por parte de quienes, en otras circunstancias, acudían al sacerdote en busca de perdón, consejo, comprensión... Y, si es verdad, que dentro de nuestras fronteras, este hecho no es aún masivo, cabría preguntarnos si esta misma circunstancia no garantizará mejor la autenticidad de nuestro interés y preocupación por el tema, suficientemente libres aún del juego de la competencia.

Centrándome pues en el terreno de la psicología y la pastoral, intentaré exponer sumariamente algunas reflexiones que contribuyan a esclarecer las posibilidades y límites de ambas, para indicar, al final qué relaciones pueden establecerse entre una y otra.

Pero antes de introducirme en este cometido, creo oportuno señalar algunas características, de valor afirmativo y no exclusivo, que troquelan al hombre de nuestro tiempo, y que, sin duda, ejercen también su influjo en la pastoral. Entre ellas me parece sobresalir la frecuente convicción de que todos los deseos —gracias al desarrollo técnico— se convierten o

convertirán a corto plazo en realidades. Junto a esta idea utópica, puede constatarse también la pérdida, al menos aparente, del sentido de la realidad trascendental, fruto quizás del constante tropiezo del hombre con sus propias obras. En unión con lo anterior, el hombre moderno parece medir la realidad en función de la eficacia.

Ante las consecuencias teórico-prácticas que pueden derivarse del influjo de las ciencias humanas y que, de hecho, hacen que el hombre cambie sus ideas acerca del hombre, y la misma vida social experimente un profundo cambio, podemos preguntarnos: ¿Puede la Iglesia, mezclada con la cultura, escapar a los efectos de esta corriente y permanecer indiferente a ella?

1. DIVERSAS ACTITUDES DEL PASTOR ANTE LA PSICOLOGIA

Muy diversas son, a veces encontradas, las posiciones que se toman por parte de los sacerdotes en este terreno. La discusión sobre estas cuestiones, a nivel teórico, corre el riesgo de convertirse en un proceso "in infinitum" de cuya inutilidad, al menos, todos estaríamos de acuerdo. Más interesante resultaría un detenido análisis de las motivaciones, con frecuencia inconscientes, que determinan las diferentes actitudes. Pero no es este el lugar adecuado para ello, ni podría hacerlo con seriedad científica. Me limitaré, pues, a exponerlas.

Dejando a un lado la actitud neurótica de quienes buscan en el uso de los medios psicológicos la posible manipulación y dominio de los fieles, se observan fundamentalmente dos posiciones extremas.

Por una parte, el entusiasmo ingenuo de algunos sacerdotes que, por carecer de un conocimiento serio de lo específico del plano religioso, se embarcan en la difícil tarea de aplicar la caracteriología y psicología de la entrevista a la dirección espiritual y al discernimiento de vocaciones. Y no raras veces, se da también en ellos una deficiente información tanto sobre el alcance de los medios psicológicos como del valor y solidez que estos medios permiten obtener. De forma que, después de haber promovido el nacimiento de falsas esperanzas, terminan por provocar escepticismos y actitudes excesivamente reservadas, cuando no agresivas.

Este hecho justifica, en parte, la oposición de quienes califican de "naturalismo" todo intento de integración crítica de las técnicas y leyes psicológicas en el terreno de la pastoral. Pues piensan que esta introducción subraya excesivamente la importancia de las condiciones subjetivas de la fe y subestima el valor de los medios sobrenaturales y del contenido de las mismas creencias.

Resumiendo, podemos anotar una cierta ambivalencia que va desde la constatación no siempre crítica de la eficacia de los métodos psicológicos hasta la voluntad exacerbada, en ocasiones, por mantener la pureza e integridad religiosa que, según estos últimos, escapa al control de las leyes psicológicas por ser esencialmente obra de la gracia.

2. OBJETO DE LA PSICOLOGIA Y DE LA PASTORAL

Ante la ambigüedad que manifiestan estas posturas podríamos preguntarnos: ¿Cuál es el objeto exacto de la psicología y cuál el de la pastoral?

Una respuesta adecuada a estas cuestiones, cuyos objetos encierran tanta complejidad, exigiría un estudio serio y detenido por competentes especialistas en las dos materias. Dado el carácter de divulgación que tiene este trabajo, me contentaré con hacer unas sencillas observaciones.

La psicología, ciencia relativamente joven, no ha conseguido aún tal unificación que nos permita referirnos a ella como a un sistema coherente. Más bien deberíamos hablar de una pluralidad de ciencias psicológicas —clínica, social, diferencial...— lo cual dificulta sin duda nuestro intento de definirla. Sin embargo, a pesar de esta multiplicidad, creo que podríamos convenir en que el dominio de la investigación psicológica converge sobre un mismo objeto: el comportamiento humano “bajo todos los aspectos accesibles a la observación y susceptibles de generalización”. Ahora bien, según esta definición, debemos subrayar que la psicología positiva estudia la conducta humana “en cuanto susceptible de generalización” y, por lo tanto, no incide directamente sobre el poder de la libertad humana.

La pastoral, sin embargo, esencialmente situada en el plano del querer libre del hombre por el que éste puede abrirse a la realidad trascendente, tiene por objeto la santificación de la vida humana integral a través de la predicación de la palabra y la administración de los sacramentos.

3. RELACION ENTRE PSICOLOGIA Y PASTORAL

Antes de iniciar el desarrollo de esta última parte, pienso que es oportuno tener en cuenta, desde el principio, lo siguiente. La especificidad tanto de las ciencias psicológicas como de la acción pastoral, de forma que la posible relación entre ambas no consista en la mera transposición de las leyes y métodos de la psicología, elaborados en un terreno profano y para fines temporales, al plano del comportamiento religioso. Esta observación pretende liberar a la psicología del “imperialismo” de la pastoral, y a ésta del “psicologismo” que pretendiera encapsular al hombre dentro de un sistema cerrado a los aspectos trascendentes por los que el mismo hombre se define últimamente como tal.

Ahora bien, tanto el psicólogo como el pastor convergen sobre el mismo término —el hombre— aunque se sitúen en niveles diferentes. Por otra parte, el hombre normal no se vive dividido en compartimentos entre sí independientes, sino que se experimenta a sí mismo como totalidad unitaria. Sin embargo esta unidad implica factores extremadamente complejos —estructuras y dinamismo psíquicos— que escapan al dominio de la libertad humana, y con los que debe contar el pastor si pretende una acción realística y eficaz. Para ello la psicología, que estudia las leyes de los procesos psíquicos, y cuya promoción busca por medio de técnicas de orden natural, propone una concepción experimentada sobre la personalidad del hombre y sus motivaciones, que permite superar una

perspectiva exclusivamente moral o teológica. Y a la vez posibilita la ayuda proveniente de técnicas especializadas.

Godin propone una doble relación entre psicología y pastoral que él denomina "extrínseca" e "intrínseca", siguiendo en esto a L. Beinaert.

A) *Extrínseca*, cuando se trata de la transmisión del mensaje de salvación y de la aplicación de los sacramentos.

La obra salvífica es un suceso de orden espiritual que acaece entre dos libertades, la de Dios y la del hombre que se entrega a la iniciativa de Dios. Esta entrega no depende de los condicionamientos psíquicos, con tal de que la libertad humana no esté suprimida totalmente.

Hay, sin embargo, situaciones psíquicas que condicionan la misma posibilidad de la acción espiritual en la biografía concreta de algunas personas. Sabemos, por ejemplo, que el demente, en cuanto tal, es incapaz de la renuncia al pecado y del consentimiento a la gracia, esenciales los dos a la vida espiritual. También es cierto que la acción de Dios se realiza en el interior de la vida psíquica del hombre histórico cuyo desarrollo no es lineal, sino conflictual, y que experimenta dentro de sí influencias sociales tan agobiantes, a veces, que reducen considerablemente la posibilidad de perseverar en sus compromisos ya adquiridos.

Mayor relieve cobran los condicionamientos psicológicos en el plano de la santificación si se trata de una personalidad neurótica cuya conversión, por ejemplo, puede estar motivada por una necesidad angustiosa de seguridad infantil a la vez que por el consentimiento a la gracia. Es bastante frecuente también, dentro del cuadro de la neurosis, que el narcisista se plantee como exclusivamente sobrenatural su ansiedad por alcanzar la imagen infantil de su yo-ideal, con quien pretende vanamente adecuarse.

En tales situaciones, la información psicológica puede ayudar al sacerdote a discernir oportunamente los componentes neuróticos del fiel más o menos profundos, y a clarificar la situación de los casos benignos, favoreciendo al menos un cambio al orden sobrenatural de las motivaciones deficientes. Así como en los casos difíciles la información psicológica le aconsejará remitirlos a especialistas competentes.

B) *Intrínseca*. La vida de la gracia, instaurada en el interior del hombre tiende a difundirse por toda la personalidad y a traducirse en frutos visibles: alegría, paz, caridad, bondad... (Gal. 5, 16-25). Por esta dimensión exterior y social de los frutos del espíritu, las disposiciones y normalidad psíquica juegan un papel importante en el desarrollo y maduración de la personalidad total del cristiano. A. Vergote afirma que "la edad psicológicamente adulta condiciona la plenitud de la fe", al instaurarse ésta dentro de la historia humana que la prepara y orienta en sus posibilidades efectivas.

Debemos reconocer, según esto, que existen cualidades propiamente psíquicas que, sin ser en sí mismas ni la virtud ni la perfección cristianas, pueden facilitar u obstaculizar la instauración progresiva de la gracia en el interior del hombre y, finalmente, el ejercicio mismo de la caridad. En el caso de cualidades defectuosas, éstas condicionarán la expresión empí-

rica normal y el pleno desarrollo de la acción del espíritu en el hombre, ya que la fidelidad a sus inspiraciones se traducirá ultimamente en una lucha constante y al fin perdida, al menos en el límite de lo que nuestra experiencia puede constatar.

La necesidad intrínseca que la pastoral tiene de la psicología no estriba en la garantía de la santificación fundamental del hombre —que es obra de la gracia— sino en la fidelidad a la manifestación visible y comunicación social de ésta. Se extiende también a la misma relación pastoral que, al entablarse entre dos personas, debe llegar a ser cada vez más rica humanamente de forma que favorezca, por parte del pastor, la acogida singular de quien le habla, la posibilidad de simpatizar con sus conflictos y aspiraciones. Y sobre todo, de tomar en serio las palabras de su interlocutor cargadas de apetencias y defensas.

Pienso que esta actitud de acercamiento y diálogo será capaz de devolver al pastor su vocación de “*medicus animae*”, de compañero del hombre que padece. Y éste, a su vez, experimentará, en esta relación interpersonal que su vida no es superflua, no está de más, sino que es acogida por el otro en su singularidad.

bibliografía utilizada

- BEINAERT, L.: *Expérience chrétienne et psychologie*, París, Editions de l'Epi, 1964, pgs. 135-142.
- BITTER, W.: *Psicoterapia y experienciū religiosu*, Salamanca, Sígueme, 1967, páginas 171-172.
- GODIN, A.: *La relation humaine dans le dialogue pastoral*, Bruxelles, Desclée, 1963, pgs. 22-26.
- ROUSTANG, F.: *La recontre des autres*, Christus 11 (1964) 326.
- VERGOTE, A.: *Pour une foi adulte*, Lumen vitae 23 (1968) 433.